

EL FUSIL

Siglo II.—Año VI.—Disparo 227

Periódico radical

OFICINAS
Caños, 4, Madrid

PRECIOS
UN AÑO: { Provincias... TRES ptas
Madrid y Extranjeros... SEIS ptas

NÚMERO SUELTO
Corriente, 5 céntos. Extraordin. 10

Mano de 25 ejemplares
50 céntimos

Pago adelantado
En libranza, sobre menedero ó Letras de fácil cobro. No se admiten sellos.

Toda la correspondencia al Administrador

Lunes 12 de Enero de 1903

Homenaje de EL FUSIL A SAGASTA



PREÁMBULO

Al morir Sagasta, EL FUSIL se descubre con respeto y pide a Dios por él, y a él que nos perdone las atrocidades que le hemos dicho en vida.

Pensaba EL FUSIL publicar un número extraordinario con las principales caricaturas que de Sagasta han aparecido en estas columnas. Lo tenía preparado, pero porque no pareciera indelicado y rencoroso, lo retira. Esto no obstante, no puede menos de consagrar el presente número a esa actualidad fúnebre, que ha llenado toda la semana. Para ello retira todas las caricaturas que personalmente pudieran resultarle ofensivas, y reproduce únicamente, como ha hecho el Herald, algunas de las más notables. Resultará, pues, un número ímprobable, pero fusilero.

Y dadas estas explicaciones empezamos.

I ¡No tiréis bombas!

Ha muerto Sagasta. Sus amigos, sus partidarios, todos los españoles, al decir de los periódicos rotativos, están llorando.

Yo creo que todos no. Porque el otro día vi en El Liberal el siguiente espantoso telegrama:

«Barco de Valdeorras 6 (18,80).—Al saberse gravedad Sr. Sagasta, partidarios Quiroga festejaron disparando bombas desde su casa, provocando indignación pública y protesta amigos.—Ricardo.»

De modo que los Quiroga de Valdeorras, lejos de entristecerse y derramar lágrimas como nubes, según las han derramado los periodistas y los vecinos madrileños, se han dedicado al jolgorio y a la broma, como si les hubiera caído la lotería.



¡Qué barbaridad! Ya supongo yo que los de Barco de Valdeorras tendrían sus razones para hacer eso, entre otras razones, el recuerdo espantoso de aquella vez que fué la tropa a cobrarles las contribuciones a tiros y les fusiló a dos ó tres contribuyentes; pero ni esos recuerdos valen.

Señores de Barco de Valdeorras: ¡Haced el favor de no reiros!

Por supuesto, que no son los primeros que hacen eso. Recuerdo que en mi pueblo había un rastrillador de cáñamo; al que se le murió la suegra. Esto no es cuento, que es verdad. Pues, señor, el tal rastrillador y alpargatero estaba trabajando en un pueblo inmediato cuando le avisaron la muerte de su suegra.

Oírlo el rastrillador y tirar los chismes de trabajo, todo fué uno. Inmediatamente cogió una escopeta y se dirigió al pueblo donde estaba la muerta, tirando salvas y dando vivas. Y al llegar a su misma casa, aquel condenado alpargatero tiró un tiro y dió el viva más estruendoso que pudo.

—¡Qué bruto!—decían las comadres.
—¡Qué peca vergüenza!—exclamaban los vecinos...

Pero él, sin hacer caso de nadie, seguía tirando salvas y gritando ¡viva San Roque, que se ha muerto mi suegra!

II ¡No llores tanto!

Afortunadamente, ni todos son valdeorrianos ni rastrilladores.

Al contrario, como digo más arriba, todos están afligidísimos.

Los del Herald y Canalejas lloran como unos desesperados. Los del Diario Universal, hacen pucheros. Los de El Globo, se tiran de los pelos. Los de El Liberal, se rasgan los pantalones. Montero Ríos, gime fuerte. Véga de Armijo, solloza como un bécerro. A Silveira, se le caen unos lagrimeños salobres y cristalinos por sus venerables mejillas. A López Domínguez, se le ha puesto la cara larga y se le ha encogido el ombligo de una manera feroz.

Y así, todos. Y así está el aire de España lleno de ayes, mugidos y berridos. Es una tristeza universal. Es un duelo de la patria. ¡Pobre patria, está que no ha de tener más que duelos y desventuras! Un día pierde las colonias, otro día se le aumentan las contribuciones, otro día le fallecen 100.000 soldados, otro día se le apedrean las cosechas, otro día se le muere Sagasta...

¡Ah! en estas amarguras terribles, es cuando vienen bien los amigos que consuelan. Y EL FUSIL, amigo de los españoles, querría consolarlos en esta tristeza inmensa.

Consolarlos, sí; porque parece mal que los extranjeros, al oír llantos en la Península, se asomen a la frontera y pregunten:

—¿Pero qué les pasa a nuestros vecinos? ¿Por qué lloran? ¿Es que les duele la tripa?

—No les duele nada, es que se les ha muerto un grande hombre que tenían: Sagasta.

—¡Ah!

III Felicidades que tuvo el diputado en esta vida

El primer problema que se viene a la consideración de nuestros tristes ánimos, es el siguiente:

—¿Por qué lloramos? ¿Lloramos por Sagasta ó por nosotros?

Y de seguro que a esta pregunta contestarán todos sin vacilar:

—Lloramos por Sagasta. ¡Pobrecillo! Está muy bien, porque llorar por nosotros, sería una cochinado y un egoísmo indecente. Lloramos por Sagasta.

Pues bien: yo quiero hacerlos ver que Sagasta no tiene por qué quejarse del mundo. Le ha ido siempre muy bien.

Figurémonos a Sagasta de niño. Si entonces se le hubiera aparecido una maga que le hubiese dicho lo siguiente:

—Te voy a exponer el programa de tu vida; te voy a conceder lo que quieras, contéstame. En primer lugar, ¿cuánto quieres vivir?

De seguro que Sagasta habría contestado: —Setenta años.

—Pues bien, hijo mío; te voy a dar lo que pides y más: vivirás 78 años. Y ahora dime, ¿qué más quieres?

—Que nunca me falte dinero.

—Bueno, hijo, pues nunca te faltará una onza de oro de sobra en el bolsillo. —Y efectivamente, según dice el Herald, nunca



tuvo que cambiar esa onza. —¿Qué más deseas?

—Ser obispo, ó ministro, ó general—habría contestado el niño.

—Concedido, hijo, y todavía más. Te voy a hacer presidente del Consejo, es decir, que vas a mandar en todos los obispos, en todos los ministros, en todos los generales. Si te parece bien, a todos te los podrás pasar por debajo de los pantalones cuando quieras, y todos irán a rendirte parias y si es necesario a limpiarte los borceguines. ¿Qué más deseas?

—Mandar en España tanto como el que más.

—Perfectamente, hijo mío. No sólo te concedo eso, sino que nadie mandará en España más tiempo que tú, ni cobrará más sueldos que tú. Nadie llegará a donde tú llegues. ¿Qué más deseas?

—Que cuando muera yo me entierren en la Basílica de Atocha con los hombres más grandes que ha habido en la nación, y que me lloran los míos, y que los periódicos hagan extraordinarios tremendos, y que cubran las tropas la carrera, y me toquen la Marcha Real, y se vistan de luto la corte, los empleados, los soldados, los coroneles, los generales, todo el mundo.

—Concedido también, concedido al momento. ¿Quieres más?

—Que mientras viva pueda colocar a mi familia en los mejores puestos, darles actas, prebendas, senadurías, carteras, gubernadurías, cátedras, ¡lo que me dé la gana!

—Pues todo eso lo tendrás, hijo, absolutamente todo. ¿Quieres más todavía? ¿Estás ya contento?

—Sí, señora; ya estoy contento.

—Pues me voy ahora mismo a buscar el cuerno.

—¿Qué cuerno es ese?

—El cuerno, de la Abundancia, para derramarlo sobre tu vida. ¡Vas a chuparte bien la breva de este mando!

IV ¡No lloran por él!

Y bien, todo eso que digo más arriba le ha sucedido a Sagasta. Luego es imposible que los que lloran lloran por él.

Completamente imposible. Se comprende que a un trabajador, que vive aperreado, sin una peseta, lleno de hambre y de dolor





—Priméramente, ponte bien con Dios. Confésate, y no con un cardenal, ni con un arzobispo, sino con un fraile humilde ó un cura de misa y olla. El cura ese quizá no tenga tantas formas, ni tantos dengues; pero de fijo que te asistirá bien y te servirá mucho, para que la misericordia de Dios baje á tu conciencia. No te fies de los altos, que bien altos eran los que había alrededor de la cama de Alfonso XII y se les fué sin nada. Los altos para las fiestas y enchipandas, que para los dolores los humildes.

Y después de confesarte así, pide el Viático, no como lo pediste en Zamora para una maniobra electoral y para burla, sino de corazón y de veras, que no es flojo negocio para el que como tú ha ganado la tierra, ganar el cielo y librarse de tizonazos. Pide asimismo la bendición apostólica, que la tendrás á media palabra, y más estando Moret en el Vaticano.

En segundo lugar, redacta un testamento que diga:

Dejo á mi Presidente del Senado, Montero Rios, un cordel de cáñamo y un poco sebo para que lo unte.

Item. Dejo á mi exministro y lugarteniente D. Segismundo Moret, el tercer depósito lleno de cebada.

Item. Dejo á Weyler los pantalones viejos que usé cuando lo de San Gil.

Item. Dejo el morrión á mi querido amigo el cardenal Sancha, y si éste no lo quiere, se lo entreguen á Trinitario Capdepón.

5.º Es mi voluntad que se compren dos docenas de grilletes para ponérselos en los tobillos á dos docenas de caciques fusionistas.

Item. Dejo la porra de mis antiguos tiempos á D. Alberto Aguilera.

res, se le tenga lástima y duelo; se comprende que se llora por el que muere joven, por el que muere en un hospital, por el que muere en la guerra, por el que muere en presidio, por el que muere ahorcado, por todo el que sufre. El dolor es para eso, para el sufrimiento, no para el goce.

Por eso no creo yo que lloren por Sagasta. ¡No! ¡Lloran por ellos!

No es la compasión, es el egoísmo humano el que llora. Es que al morir Sagasta los que no pierden nada lloran como el cocodrilo, un llanto falso, de hipócritas, de bribones.

Y los que lloran de veras son los que con la muerte de ese señor han perdido las ganancias que disfrutaban ó esperaban.

—¿Quién me hará á mí ministro?—dirán los parientes ahora.

—¿Quién me dará á mí importancia?—dirá Capdepón.

—¿Qué pintaré yo en la política?—dirá Merino.

—¿Quién hará caso de mis majaderías?—dirá Requejo.

Y esos tienen mil razones para llorar como becerros. ¡Llorad, hijos, llorad, que por vosotros lloráis.

¡No más disputas de las actas y de las credenciales! ¡No más montes de Hertzuelal! ¡No más transversales! ¡No más corte celestial de aquello!

Habéis caído de narices. En adelante vais á pintar tanto en la tierra como San Jineje en el cielo. Llorad, que se os han llevado las llaves de la despena.

El testamento de Sagasta

Sagasta no hizo testamento, no designó herederos.

Hizo bien. Pero si me hubiese llamado á mí, para aconsejarme en sus últimos instantes, yo le habría dicho:

Item. También dispongo que á mi querido conde de Romanones le compren otra porra.

Item. Finalmente, ordeno que del montón de bienes que á mi fallecimiento resultaren, se compren doscientas albardas para adjudicárselas por sorteo, que se verificará entre los exministros, las mayorías parlamentarias de mi partido y los comités fusionistas de todo el reino.

Para ejecutor testamentario de estas disposiciones, nombro por mi albacea universal al director de El Fusil.—Madrid á 5 de enero de 1903.

Amén.

CALENDARIO DE "EL FUSIL,"

Quinta semana mauro-silvelista

Domingo

Siga la broma. Continúan los periódicos dando aire á la princesa de Sajonia.

Han hablado con ella. La princesita se disculpa admirablemente.

Dice que no es Girón su amante.

Claro que no, mujer, claro que no. Y aunque se retraten juntos la princesa y el écuyer y aparezcan esos retratos así, cara con cara, en los periódicos, tampoco.

¡Nada! ¡Escrúpulos de monja!

Lunes

De repente, sin saber nada, sin sospechar nada el público, Sagasta se ha puesto muy malo. Sagasta se muere.

—¡Imposible!—decían.—Será uno de esos catarros que suelen darle de cuando en cuando.

Y á las seis de la tarde la gente decía:

—Ha muerto.

Pero después volvió á revivir y aún dió esperanzas. Hasta las once y cuarto no murió. ¡Dios le haya perdonado.

Martes

Los Reyes han venido este año y le han traído al partido liberal muy mal agualado. ¡La muerte! ¡La cesantía perpetua para muchos! Eso se acabó. El jefe está de cuerpo presente en el Congreso. Con irse el jefe ha ido volando el pájaro de vuestras ilusiones. Mirad al duque de Tetuán. Mientras vivió Cánovas era una potencia formidable. Era ministro, lo que le daba la gana. Mandaba, triunfaba, se pasaba á los españoles por debajo de la pierna... Y ahora nada. Cesante siempre, hambriento siempre del poder, y nadie le arroja un mendrugo. ¡Nadie!

Miércoles

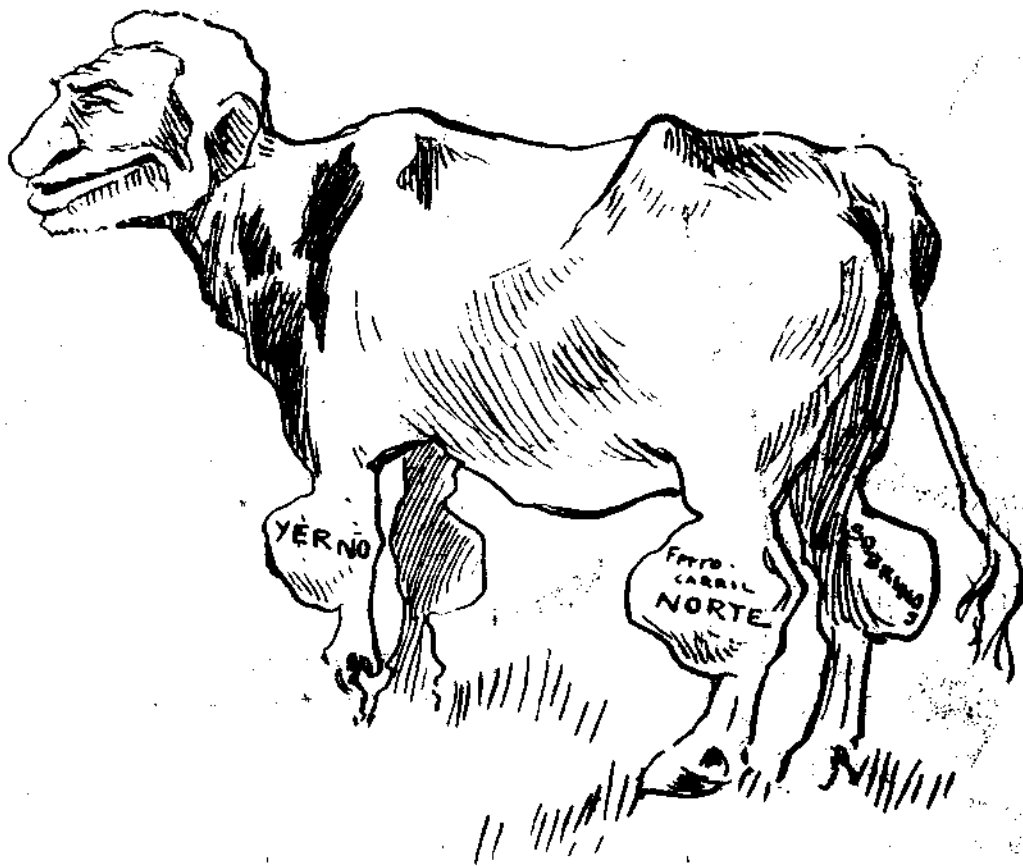
El entierro de Sagasta. Silvela aconsejó á D. Alfonso dos cosas. La primera, que enterrasen á Sagasta en Atocha. La segunda, que no asistiese él al entierro.

Ambas cosas muy mal aconsejadas. ¡Pero muy remall!

Nada más lógico que haber aconsejado á la Corona que asistiese al entierro. La ley de la gratitud se lo imponía. Hay que ser justos. Sagasta no ha hecho nada bueno por la patria, pero por la Corona lo ha hecho todo. La Corona le debe la vida.

Por salvar la Corona fué á la guerra con los Estados Unidos, por salvar la Corona sacrificó el honor del ejército, por salvarla sacrificó millares de soldados, por guardarla firmó la paz de París.

Y cuando le acusaban á él de haber cometido esos desaguisados, él mismo se justificaba, diciendo:



demos, viene la muerte y se nos lleva. Por eso no me importa á mí mucho el ser un pelagatos. Cuanto más pelagatos sea, menos dolor me hará el morir.

Y en cualquier hora que me muera, moriré á tiempo si Dios me perdona.

Viernes

¿Lo ve usted, señor Silvela? ¿Ve usted cómo yo tenía razón al decirle que debía haber aconsejado á la Corona que acompañase al entierro de Sagasta? Fijese en el siguiente telegrama que envía doña Isabel II desde París:

«Paris 6 (11 mañana).—Señora D.ª Esperanza Sagasta de Merino:

Con profunda pena acabo de saber la muerte de mi leal y querido amigo Sagasta.

Recibid tú y tu familia mi sentidísimo pésame.

Sabes cuán de corazón te acompaña en tu dolor tu muy cariñosa amiga—Isabel.»

Y diga usted, Sr. Silvela; si eso hace por Sagasta una reina destrenada por él, ¿qué no deberían hacer los demás?

Sábado

Menuda ganga ha pescado el Sr. Ibarrola. Le han regalado un reloj de 5.000 reales por la captura de los Humbert. El reloj lleva la siguiente inscripción.

«Le Gouvernement français

á M. Ibarrola

Chef de la Sureté publique. Souvenir de l'arrestation des Humbert 2 Decembre 1903.»

Y dicen muchos:

—¡Falso! que no se lo ha regalado el gobierno francés, sino el gobernador.

Y replico yo:

—Es verdad que he hecho todo eso, pero en cambio he salvado la Corona.

Pues, ¿qué cosa más natural que la Corona hubiese demostrado su gratitud al muerto, acompañándole á la sepultura?

En cambio, lo otro está mal, muy mal. Podían haber enterrado á Sagasta en un mausoleo fusionista, en el Este, en San Isidro, en cualquier parte, aunque hubiera sido en la Puerta del Sol, donde estuvo la fuente.

Tode eso habría estado muy bien. Pero el panteón de Atocha es para los héroes nacionales, no para los héroes milicianos nacionales. En Atocha puede estar Prim, que fué en Africa un héroe de la patria; puede estar Palafox, el de Zaragoza; puede estar Castaños, el de Bailén.

Pero los hombres de partido, por muy relevantes que sean sus méritos, no pueden ni deben estar. A Atocha sólo deben ir los indiscutibles, nunca los disidentes.

Deben ir los aceptados por todos, nunca los admirados por unos y odiados por otros.

Si se abre la puerta para los de partido, el mejor día vamos á ver que llevan allí al académico Cotarelo. Y eso no puede ni debe ser. ¡Protesto!

Jueves

Todavía la muerte de Sagasta. Discurren las gentes acerca de su muerte. No ha muerto á tiempo—dicen muchos.

Debia de haber muerto dos meses antes cuando estaba en el Poder. Así su muerte hubiera sido más gallarda.

Debia haberse retirado á la vida privada apenas coronó á D. Alfonso XIII. Así hubiese tenido un arranque, y hubiese coronado su historia.

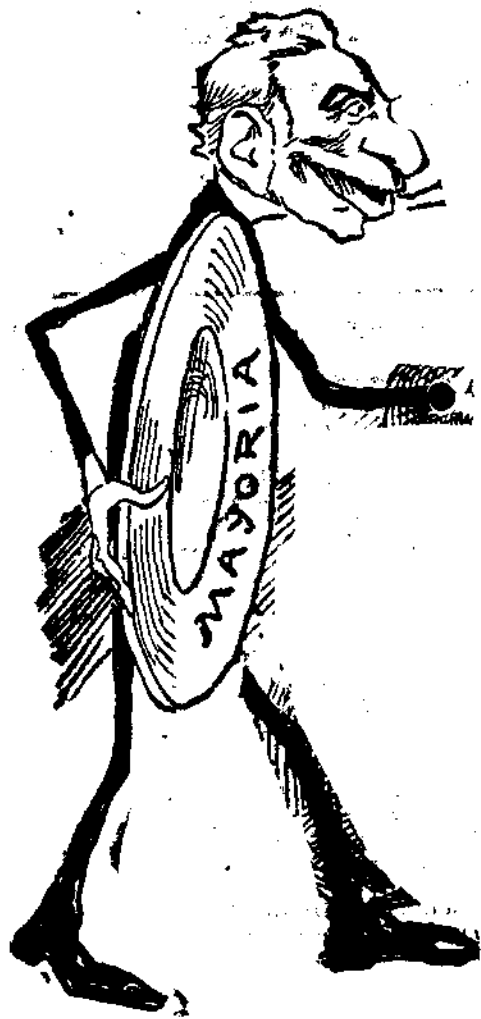
Es verdad, pero no quiso. Quería vivir, porque la vida es muy amable. Quería ser jefe y mandar, porque la jefatura es muy golosa.

Pero los hombres no somos nada. Por gordos que seamos, por mucho que nos cui-



CONVERSACIONES

-¿Falso! que no se lo ha regalado el gobernador, sino otro.
-¿Quién?
¡Cotarelo!
Que sea enhorabuena, Sr. Ibarrola.



-¿Que no lo cree usted?
Pues ahora lo va usted a comprender en seguida.
-¿Por qué le dan a usted ese pronómetro?
Por haber preso a los Humbert.
Y ¿por qué ha preso a los Humbert?
Por la denuncia de Cotarelo.
Luego está claro como la luz que nos alumbraba, que a Cotarelo le debe usted el reloj.
Luego debe usted dar gracias a Cotarelo.
Le digo a usted, mi querido Sr. de Ibarrola, que estos asuntos son una bendición de Dios.
El único que ha salido mal (justo castigo a su perversidad) ha sido Cotarelo.
Pero en cuanto a los demás, ¡Dios mío qué manera de ganar relojes a bragas en jutas!
Lo que no veo yo tan a gusto es que ese reloj tenga inscripción.
Claro es que las inscripciones en los relojes tienen sus ventajas. Por ejemplo, si roba el reloj algún rata, no tiene que decir de quién es. En cuanto vea la inscripción, exclamará de fijo:



-¡Calla! ¡Pues si es el de Ibarrola!
Pero en cambio, si se ve en un apuro y le lleva a empeñar como Zorrilla empeñó las coronas, ¡qué vergüenza que lo vea el prestamista!

-Sidonio, tú por lo visto ves negro to lo que es blanco y dices en disparate que me río yo.
-Epifanio, no te ocoques, ten caremen, y dígnate que los cuartos que han repartido hace días a los que parie tomaron en la prisión de los Humbert, los tenían bien ganados los socios.
-Ya sé quién dices.
-¡Pero no seas pasguato y cállate ya! El gobierno francés estaba enterado de que los Humbert se hallaban en Madrid, y estando al tanto, como está, de lo que hace con casi todos los cacos la policía española, ofreció dar de regalo quince mil besos, al que los pudiera cohar el gancho. Si no, cualquiera los coge.
-Y yo de qué estoy hablando? Pues de que han hecho á esos ticos un osequio exagerado. Si ahora la policía, pases que ha tenido ofato, ha sido por agarrar una porrilla de enartos.
-A ver, como que sin sebo aquí en jamás anda el carno.
-Por más que el yo había sido el Guerra, yo no le largo á nadie quinientos duros ni coronamientos tan caros.
-¿Entonces qué hubieras hecho?
-¿Quién, yo? El siguiente reparto: á la señora portera del hotel donde pescaron á los Humbert, treinta céntimos pa que comprara estropajos; seis pesas para una botas al ispetor ese Caro y dos ídem al intérprete por hablar el castellano siendo francés.
-Y lo otro sea qué llas á emplearlo?
-Con un duro convidaba á allegados americanos al Cotarelo, que dicen que es quien el soplo ha dao, y si quedaba uno ú medio, me lo guardaba.
-¿Qué pájaro está hecho? Si tú fueras gobernador un par de años, cuando te dieran el caso no quedarían ni clavos en las puertas.
-¿Qué te crees que hacen algunos, no páñilo? Pues dame muy buena vida y robar lo que haya á mano.

Señor ministro de Hacienda

EXCMO. SR.:
El Fusil, como mejor proceda en derecho, comparece ante V. E. y expone:
Que ha sabido que el académico señor de Cotarelo se dedicó á denunciar á unos estatuarios franceses que vivían en su casa y que habían hecho la santísima á los judíos franceses.
El Fusil, Excmo. Sr., no se mete en si hizo bien ó hizo mal el Sr. Cotarelo; eso es lo que no le importa absolutamente nada. Es una de tantas cosas como le tienen muy sin cuidado; porque si Cotarelo denuncia ó no denuncia, si se rascas ó no se rascas las narices ó el cóndrillo, hechos son que me interesan tanto como si tiene ó me tiene bien cosidos los botones de los calzones al eminentísimo Cardenal Sancha. Por otra parte, si Cotarelo hubiera hecho eso á humo de paja, podríamos hablar, pero á la cuenta no hubo tales carneros.
Cotarelo dijo que no sabía que tuviese premio de 25.000 francos la denuncia, pero claro está que eso lo dijo por disimular, porque luego manifestó que antes de obrar así consultó el caso con un alto sacerdote, y que el sacerdote alto le había aconsejado mandar el anónimo y luego recibir los 25.000 francos para los pobres.
-Be lo cual infiero, que tan verdad es lo primero como lo segundo; es decir, que ni Cotarelo consultó el caso con ningún sacerdote, ni tenía intención maliciosa de dárlo á los pobres. La intención era embolsarse benitamente los 25.000 francos, haciendo un negocio pistonado. Sólo que luego las chiferas de los periódicos le han dado vergüenza, y por vergüenza se desprende de ese dinero, que le hará el mismo efecto que si le arrancaran un par de colmillos. ¡Lo han jeringado los periódicos á Cotarelo! Le han hecho lo que á un vecino mío, al que le quitaron el reloj y luego se lamentaba diciendo:
-¡Anda! Me han quitado el reloj, y encima mi mujer me llama borrico!
Además, hay otro ítem. Cotarelo manifestó al redactor del Herald que tenía sus motivos particulares para hacer lo que hizo y que no creía conveniente publicarlo. Hace bien en no manifestarlos Cotarelo. Porque si llega á decir que los había denunciado porque la Eva dió calabazas á su chico, ó porque riñó con sus vecinos ú otro motivo así por el que le pilló rencor, ¡la acaba de coronar!

Por consiguiente, señor ministro, entiendo que Cotarelo ha hecho divinamente denunciando. Denunciar para amolar al prójimo con el que se está refilido y ganarse una propina soberbia, es una ganga repis-tonada. Borrlicos hubiera sido el buena cádemico si no le hubiera hecho así. Y si no, díganme los contradictores. Si por ganar dinero se hacen en el mundo tantos delitos y tantas gorrinerías, ¿por qué no se ha de hacer una cosa que ni es delito ni es gorrinería?
Ríase Cotarelo de los que le ríen, porque son, ó cuatro envidiosos ó cuatro sinvergüenzas que sienten en el alma no haber pescado los 25.000 francos, como lo siento yo. ¡También yo los habría denunciado, Sr. Cotarelo! Pero yo lo habría dicho al público, yo no me habría servido de anónimos, sino que cara á cara, delante de todo el mundo, habría exclamado:
-Si, señores; los denuncié porque soy un pobre y me venía como pedrada en ojo de boticario ese dinero para poder librarme de estar amarrado como estoy al trabajo por un poco tiempo!
Digo, pues, señor ministro, que hasta aquí todo va bien y que Cotarelo puede decir aquel refrán:
-En mi seranda nadie manda.
Pero hay otra cosa, señor ministro; y en esa cosa sí que tengo derecho á meterme yo como contribuyente que soy del Estado.
Fíjese usted bien, señor ministro. Cotarelo dice que no solamente ha delatado ahora, sino que delatará á los vecinos cuantas veces se le pongan á tiro y haya de qué.
Lo cual es decir que Cotarelo emprende la profesión de delator. ¡Perfectamente! Es una profesión tan lícita como otra cualquiera. Pero así como al que se mete á zapatear le exige matrícula el Estado, ¿por qué no ha de exigirselo á Cotarelo?
Y puesto que Cotarelo ha ganado 25.000 francos de un golpe y lo que pueda venir, ¿por qué no ha de exigirle contribución de utilidades? ¿Por qué, señor ministro, por qué?
Fundado en estas consideraciones, El Fusil tiene el honor de presentar contra el Sr. Cotarelo la siguiente
DENUNCIA
1.º El Fusil pide al señor delegado de Hacienda que extienda matrícula de industrial para el Sr. Cotarelo.
2.º Asimismo pide El Fusil que se le imponga contribución de utilidades sobre las 25.000 pesetas que le ha producido la industria.
3.º Y, finalmente, El Fusil reclama el tanto por ciento que corresponde á los denunciadores de la riqueza oculta.
Que pague contribución Cotarelo, señor ministro.
Es justicia que espera alcanzar de vuestreza, cuya vida guarde Dios muchos años.
-Madrid 9 de Enero de 1903.
El Melones.
EXCMO. SR. D. Raimundo Fernández Villaverde.
BUFETE DE 'EL FUSIL',
Sumario
I. El miedo en Ceuta. - Los ediles y la faja de general. - II. Bien por el cartero. - El que se pica, síes come. - III. Las lunas y los tano de Pajarroya. - Pero esos guardias, ¿para qué son? - IV. Marruecos en Bilbao: la habita del Maño. - Vaya usted con Dios, amigo. - La aventura de Pozoblanco.
I
Chico. - ¡Aprieta, constipadito! ¡Hoy sí que hay vecinos! Y el caso es que hoy, con el homenaje á Sagasta, no tengo espacio para nada. ¡Anda leñel! Achebraré un poco de cada uno y andanlo. A ver, Guajananito, el de Ceuta, vamos á despachar primero con eso de Marruecos. ¿Qué hay por allí?
Vecino primero. - Una mlecitis tremenda.
Desde hoy 30, salen á prestar servicio á la línea exterior una sección de caballería, y con este motivo hay quien va á los moros entrar á degüello en la población, y está todo asustado.
De gravedad ó sin importancia lo que ocurre, aquí nada se nota; la entrada de moros con mercancías es la misma, y en nada se conocen los sucesos que el telégrafo nos comunica.
Chico. - Y del ayuntamiento, ¿qué?
Vecino. - Nuestro ayuntamiento continúa tan desdichado y jorobando al pueblo en beneficio de un presidente y hermano que, siempre que encuentra una ocasión, obra con bastante desprandimiento, pero contando con diversos del municipio, para obtener luego el favor ó influencia de la persona obsequiada.
Hace mucho tiempo que no dan una limosna á los pobres, que tanta necesidad tienen de ella, y aunque con anticipación la ofrecieran para las pasadas Pascuas, no la han dado, y regatan en su lugar, una faja de general á un coronel recién ascendido, que es hijo de Ceuta, destinando mil pesetas á este objeto.
El tal señor merece consideración y respetos de cuantos le conocen, pero el pueblo nada le debe y nada tiene que darle, y menos habiendo tantos necesitados á quienes distribuirles dicha cantidad, y habiendo otros generales de Ceuta á quienes no se ha regalado nada.
Chico. - Pues yo veo un arreglo á todo eso.
Vecino. - ¿Cómo?
Chico. - Que septe el regalo el coronel, y que después él las mil pesetas á los pobres. Y tablen.
Expresiones y la enhorabuena al general.
II
Chico. - ¡Amigos de Torredonjimeno! ahora miso voy á complacerlos á todos.

A usted, señor cartero, le diré con sumo gusto que me place que se defienda y vuelva por su nombre. A repartir bien, y que nunca tenga que decir nada de usted, sino lo que digo yo hoy, que es usted un hombre que cumple con su deber.
¿Está usted satisfecho?
Cartero. - ¡Ecco li que!
Chico. - Bueno; pues ahora á ver si los de Torredonjimeno son de mi misma opinión.
Queridos corredores de aceite: Old la explicación que me da el fullerero del otro día acerca de vuestras quejas:
Queridos corredores: En mi último disparo todo cuanto dije es puramente para el medidor, que se quejaba de los dueños de las oficinas. De manera que no hay que darse por aludido más que él, que con tan poca caridad censuró á los maestros. Aludiendo que robaban á los pujareros, y como yo sabía que tendría que ser un liado al que hablaba; sólo por saber quién decía tanta barbaridad solté el trapo, en la confianza de que á muchos de vosotros os gusta el vino demasiado, y me daba, en la maris que tenía que conseguir enterarme, como así he sido.
De manera que los demás no dareis por aludidos si no tenéis la misma condición del que yo suponía.
Conque ya veis que no ha sido nada lo del ojo. ¿Estáis contentos?
III
Vecino tercero. - Aquí está el de Pajarroya.
Chico. - ¿Qué quieres, vecino?
Vecino. - Pues ná; decirte que esto sigue como siempre; las lunas y los puntos campan por sus respetos; y no hay autoridad, por colosa que sea, que se atreva á extirpar esa gente.
Chico. - Hombre, hombre; deja que entren los conservadores sinvelistas-marruecos; verás como me faltará en ese un alonide que siguiendo el ejemplo del gobernador de Madrid, se atreva hasta con el lucero del alba.
Vecino. - Qué! suponte que está un casino atestado y que los puntos quieren lucir sus habilidades, guñan un ojo á los de orden público, éstos despiden á los que estorban y así no queda nadie; no hay juego... á dormir to el mundo; cierran las puertas, quedando de portero un municipal; los que salieron van llegando uno á uno y á interrumpirlos; ¿quién es? responde el municipal, digo el portero. Fúlmalo, y al el portero comes por la voz que el punto que pide permiso, tiene una peseta que perdax; entra (le dice bajito), y sabe que hay timba; qué lástima de dos pesetas que ganas los agentes de estas autoridades! Mejor sería emplearlas en mo-cilla extremaña y dárcela á los perros.
Chico. - No te apures vecino; te aseguro que cuando manden los conservadores, será lo mismo.
Vecino. - El que lo piensa, chico; el que se dice que será alcalde, tiene unos propósitos de primera; es enérgico, muy amante de la moralidad, el orden y el respeto á to el mundo, sabrá imponerlo... y en fin, espero que regenero hasta la sal molida, y Tomás que tienen el mismo trágico.
Chico. - Vecino, quiera Dios que sí; pero me temo lo contrario; de todos modos, ya sabes que El Fusil está siempre dispuesto á disparar, y siempre á tu disposición.
Vecino. - Muchas gracias y avisaré por teléfono.
IV
Vecino cuarto. - De Bilbao: Hoy vengo más contento que un chiquillo con zapatos nuevos.
Chico. - ¿Alguna vez! Amigo Gómez ¿qué de bueno hay por Bilbao para estar tan a gusto?
Vecino. - Te lo voy á decir; nuestra última visita ha producido un efecto tal en las tripas del Maño, que ha descargado sus rabietas con las desgraciadas de libre.
Con muy poco acierto los inspectores dieron la orden de que ninguna mujer de vida alegre, y menos las Celestinas, trasladaran por las calles hasta después de la una de la madrugada, no asistiendo á los cafés cantantes, ni circos, ni teatros (muy bien).
Esta orden fué tomada tan á lo material por el vigilante Pedro Basola (a) el Maño, que con la inteligencia y senates que le da un reporter de El Liberal, arrastró por las escaleras de una casa á una de las desgraciadas, y á otra, la cual sufrió un síncope; y por atropellarlo todo, á poco más lo hace hasta con su misma mata sombra.
Por esta sonates, el martes se abogaron las pupilas á pasar el registro, avizaron tal vooerity tan grande escándalo, que des era imposible á la guardia municipal detenerlas.
Desde el barracón, y sin ensanchar los escotes y razonamientos del médico, la emprendieron en manifestación por las calles con dirección al Gobierno civil. ¡Qué espectáculo más culto, Chico! Con los pelos tendidos, las toquillas á lo forero sin y con medias, enseñando algo más delante y para mayor honor á la villa, arrastraban tras sí á cientos de niños y niñas que á dúb gritaban: ¡Viva la libertad! ¡Abajo la policía de vigilancia! Ecco grrroneos..., etc... ¡Qué lindas! Y así siguieron, capturando la policía municipal á nueve de ellas, las cuales apotrofaron á estos guardias, conduciéndolas por el centro de la villa hasta San Agustín (ellas no querían seguir por sitios poco transitables).
De modo y manera que el escándalo fué de los de P. P. y W.
Chico. - Dime, vecino ¿cómo está la higiene especial en esa?
Vecino. - ¡Tú lo sabes, pues yo tampoco; pero sí que lo sé. Es el caso que una vez estas mujeres alegres en la prevención dijeron allí perrerías del Maño y del inspector la Linda; lindizas que había que taparse los oídos; y estas mismas lindizas dicen que se las dijeron al jefe de la Guardia municipal y al señor alcalde al preguntarles cuál era la causa de la manifestación escandalosa.
Le dijeron más que hacía tres días las tenían atadas por hambre; que la que bajaba de su casa á por agua ó por vino, era atada por el Maño y las pegaba con el bastón en los escotados; y confundía á las criadas y no sé qué más decían; ¡decían tantas cosas! Fueron puestas en libertad, quedando el señor alcalde en confidencia con el señor gobernador, y así lo has hecho hoy.
Chico. - Pues ahí saldrá alguno responsable de ese monumental escándalo.
Vecino. - Yo creo que los únicos responsables debían de ser los alcaldes que las han dado tanta libertad. Villasanté, jamás se opanó de los escándalos que algunas promovían en la vía pública; durante su reinado se atimbaron las Celestinas

